

Travesía

Al levantar la vista cansada, a Hernán le cuesta distinguir el final del pasillo. Agradece la pasarela mecánica que le ayuda en su trayecto. Su mente aprovecha también el descanso, después de los esfuerzos del viaje. Le hace recordar la primera vez que subió al metro.

Eloísa y él eran unos recién llegados a la ciudad. Venidos del pueblo en busca de trabajo, como tantos otros. El metro, mucho más modesto en aquella época, les causó una honda impresión. “¡Maravilloso!”, exclamaría Eloísa. Luego, bajando un poco la voz y tapando los oídos al bebé que sostenía en brazos, añadió. “Y también un poco siniestro.” Como diría más tarde, encerraba una promesa y una advertencia. En la ciudad disfrutarían de un mundo lleno de oportunidades, pero ya no serían Hernán y Eloísa, el joven y simpático matrimonio que hacía reír a todo el pueblo. Dos desconocidos en un vagón de tren, ese era el precio a pagar.

Al llegar a la segunda pasarela, Hernán se impacienta y comienza a andar. Últimamente le cuesta caminar y se ve obligado a recurrir constantemente al bastón. Ve aproximarse a una muchedumbre ruidosa, que parece llenar el pasillo. Camina encorvado, como si llevara encima el peso de toda la vida, arrastrando por los pasillos todas las vivencias acumuladas durante años. Le cuesta levantar la vista, por lo que deja de mirar a la muchedumbre y se sumerge de nuevo junto a Eloísa.

El coche no arrancaba, Hernán iba a llamar a un taxi, pero no se veía ninguno. Eloísa, mucho más resolutiva, ya estaba bajando las escaleras de la boca de metro que se encontraba a unos pocos pasos, ante la incrédula mirada de su

hija que la seguía sin saber muy bien que hacer. Una vez dentro todo el vagón les miraba extrañados, mientras la joven con el vestido de novia agarraba la barra y a su madre para no perder el equilibrio. "Tranquilo que llegamos, Hernán." Eloísa no pierde la confianza mientras sostiene la mano de su hija.

Una vez recorrida la pasarela mecánica, Hernán se ve engullido por el gentío. La mayoría camina atenta a sus móviles, lo que provoca algunos encontronazos, resueltos con unas atropelladas palabras de disculpa, cuando no de una mirada airada por no haber sido Hernán capaz de apartarse. Las pocas conversaciones que capta no las entiende, todo le resulta ajeno. Se pierde entre la muchedumbre y sus recuerdos.

Venían de ver a su nieto recién nacido. Se había hecho tarde, a pesar de los esfuerzos de la enfermera para que abandonaran la habitación. En el vagón medio vacío, unos jóvenes se reían mientras les invitaban a unirse a su ruidosa fiesta. Hernán y Eloísa hablaban emocionados sobre el bebé, no iban a dejar que unos chistes arruinaran el día.

- ¡Vamos abuelo, que ya llegas! Mira que empeñarte en venir hasta aquí en metro...

La voz le devolvió a la actualidad. Con sorpresa vio a Guille esperándole al final de las escaleras que conducían a cielo abierto. Su nieto baja raudo a ayudarlo, y ejerciendo como un segundo bastón lo saca de anonimato para llevarle a un mundo donde, como predijo Eloísa, ya no es Hernán, responde a un nombre común, abuelo. Pero en ese momento, mientras Guille le lleva a conocer a su bisnieta, no ve tan mal que nadie le llame por su nombre.